

nómenos, representaciones, y, como la cuestión de la materia visible, está no menos justificada la cuestión de los átomos: ¿qué son fuera del fenómeno y fuera de la representación? ¿qué son en sí? ¿qué es lo que en toda su eternidad han llegado á expresar?»

Tales son las palabras con que Rokitansky prepara la explicación de que es precisamente en la teoría atómica donde descansa la concepción idealista del universo; y nosotros podemos agregar que, reducir todo elemento psíquico al mecanismo del cerebro y de los nervios, es precisamente el camino que con más seguridad conduce al conocimiento y que aquí acaba el horizonte de nuestro saber sin tocar á lo que el espíritu es en sí. Los sentidos nos dan, según Helmholtz, los efectos de las cosas, no imágenes fieles y menos aún las cosas mismas; pero en el número de estos simples efectos es preciso colocar igualmente á los sentidos mismos, así como al cerebro y los movimientos moleculares que nosotros le prestamos ó atribuimos; nos vemos forzados á reconocer la existencia de un orden trascendente del universo, sea que este orden descansa en las «cosas en sí mismas», ó bien que «la cosa en sí» sea el último empleo de nuestro pensamiento intuitivo; este orden descansa únicamente en relaciones que en los diversos espíritus se manifiestan como matices y gradaciones distintas del elemento sensorial, sin que, en general, se pueda imaginar una aparición adecuada de lo absoluto en un espíritu inteligente.

CUARTA PARTE

EL MATERIALISMO MORAL Y LA RELIGIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

La economía política y la dogmática del egoísmo.

Nacimiento de la hipótesis de una sociedad puramente egoísta.—Derecho y límites de la abstracción.—La abstracción confundida con la realidad.—La formación del capital y la ley del aumento de las necesidades.—La pretendida utilidad del egoísmo.—Origen del egoísmo y de la simpatía.—Error de Buckle al negar el progreso moral.—El egoísmo como principio de moral y la armonía de los intereses.—Examen de la teoría de la armonía de los intereses.—Causas de la desigualdad y nacimiento del proletariado.

Sería necesario someter, como lo hemos hecho con relación á las ciencias naturales, á un examen profundo la economía política y las ciencias que con ella tienen afinidad; pero aquí entramos ya involuntariamente en el dominio de las cuestiones prácticas, cuya solución forma el resultado de nuestro ensayo crítico. Al examinar una ciencia no encontramos en sus teorías más que el reflejo del estado social; queremos ver dónde se halla hoy el materialismo moral, y lo descubrimos transformado en una dogmática que no conocieron ni Aristipo ni Epicuro. En lugar del placer, los tiempos modernos han puesto el egoísmo, y, mientras los filósofos materialistas vacilaban en su moral, se desarrolló con la economía política una especial teoría del egoísmo que más que todo otro elemento de la época contemporánea lleva el sello del materialismo.

Las raíces de esta teoría llegan hasta tiempos anteriores á Kant y á la revolución francesa. En Italia, en los Países Bajos y en Francia el espíritu de investigación, que caracteriza los últimos siglos, había desde largo tiempo sometido á un estudio teórico el comercio, las relaciones internacionales, el fundamento de los impuestos y de las tarifas y los orígenes del bienestar ó del empobrecimiento de naciones enteras; pero solamente en Inglaterra, con la creciente prosperidad de la industria y de un comercio que abrazaba el globo entero, se desenvolvió la economía política hasta el punto de llegar á ser una especie de ciencia. Adam Smith, cuya *Teoría moral* tuvo tan poco éxito, adquirió un gran nombre con sus *Investigaciones sobre la riqueza de las naciones*. A sus ojos, la simpatía y el interés eran los dos grandes resortes de las acciones humanas. De aquélla derivaba todas las virtudes del individuo y todas las ventajas de la sociedad; pero, después de haber explicado también la justicia de una manera bastante artificial, hizo de ella el verdadero fundamento de la sociedad y del Estado. Una inclinación recíproca entre los miembros de la sociedad, miramientos de benevolencia respecto á los intereses ajenos son muy bellas cosas, mas pueden faltar sin que por ello perezca el Estado. La justicia no puede faltar, con ella subsiste ó con ella sucumbe toda comunidad. En la adquisición de las riquezas y de los honores, la teoría moral permite ya á cada cual usar de sus fuerzas hasta el extremo, á fin de sobrepujar á cuantos le hagan competencia, sin otra condición que la de no cometer injusticias.

Finalmente, en la teoría de la riqueza de las naciones, Smith planteó como axioma que cada uno, no buscando más que su propio interés, trabaja al mismo tiempo en provecho de todos. En cuanto al Gobierno, no tiene otro deber que el de garantizar la mayor libertad posible en esta lucha de intereses (1). Tomando estos principios por punto de partida, dió al juego de los intereses, al mercado de la

oferta y la demanda, reglas que conservan actualmente su importancia. Por lo demás, este mercado de los intereses no constituía para él la totalidad, sino únicamente una parte importante de la existencia. Sin embargo, sus sucesores olvidaron el otro lado de la medalla y confundieron las reglas del mercado con las de la vida, y aun con las leyes fundamentales de la naturaleza humana, error que contribuyó á dar á la economía política un tinte de ciencia rigurosa, llevando á ella una simplificación considerable de todos los problemas de transacciones. Esta simplificación consiste en mirar á los hombres como seres esencialmente egoístas que saben discernir perfectamente sus propios intereses sin dejarse perturbar por impresiones distintas.

Nada habría, en efecto, que objetar si se hubiesen propuesto estas hipótesis explícita y formalmente con el objeto de dar una forma exacta á las consideraciones sobre las razones sociales, suponiendo un caso tan sencillo como posible; porque precisamente haciendo abstracción de la realidad entera y diversamente compuesta, es como otras ciencias han llegado á alcanzar su carácter de exactitud. No es absolutamente exacto para nosotros, que no podemos abrazar con un solo golpe de vista la infinidad de los efectos de la naturaleza, más que lo que damos por exacto nosotros mismos.

Todas las verdades absolutas son falsas, en cambio pueden ser exactas las relativas. Y lo que hay más importante para el progreso de la ciencia es que una verdad relativa, una tesis que no es verdadera más que en virtud de una hipótesis arbitraria y que difiere de la plena realidad en un sentido determinado con cuidado, es precisa é infinitamente más propia para ayudar nuestras intuiciones de un modo duradero que una tesis que de un salto se esfuerza en aproximarse lo más posible á la esencia de las cosas y arrastra á la vez una masa de errores inevitables y de un alcance desconocido.

Así como la geometría con sus líneas, superficies y cuerpos simples, nos ayuda á marchar hacia adelante, si quiera estas líneas y superficies no se encuentren en la naturaleza y lo real sea casi siempre inconmensurable, así también la economía política abstracta puede ayudarnos á marchar hacia adelante, aunque en realidad no haya seres que obedezcan exclusivamente á los impulsos de un egoísmo calculador y sigan con una movilidad absoluta, libres de todo otro movimiento y de toda influencia contraria derivada de otras cualidades. A decir verdad, la abstracción, en la economía política del egoísmo, es mucho más fuerte que en ninguna otra ciencia de las hasta aquí conocidas, en que las influencias contrarias de la pereza y del hábito, de la simpatía y de la abnegación por el interés general tienen una alta importancia. Sin embargo, se puede lanzar atrevidamente en la abstracción mientras permanezca como tal en la conciencia; porque una vez que se haya encontrado cómo esos átomos movibles de una sociedad entregada al egoísmo, lo que se admite hipotéticamente, deberían conducirse según la suposición admitida, se habría obtenido, no solo una ficción por sí misma exenta de contradicciones, sino también un conocimiento exacto de un aspecto de la esencia humana y de un elemento que juega un papel muy considerable en la sociedad y, sobre todo, en las relaciones comerciales. Podría al menos conocerse cómo el hombre se conduce mientras las condiciones de su conducta responden á esta previsión, aun cuando no deba jamás existir completamente el caso (2).

El materialismo en el terreno de la economía política consiste precisamente en que esta abstracción se confunde con la realidad, y esta confusión se opera bajo la influencia de un predominio monstruoso de los intereses materiales. Los padres de la economía política en Inglaterra partieron en su mayoría de puntos de vista emi-

nentemente prácticos, no tomando la palabra *práctico* en el sentido que la atribuían los antiguos griegos, entre los cuales, obrar prontamente en virtud de principios morales y políticos, merecía ante todo este honroso epíteto. El carácter de aquellos tiempos hacía buscar la finalidad de todas las acciones en los intereses del individuo. El punto de vista *práctico* en economía política es el de un hombre que pone sus propios intereses ante toda otra cosa y que, por consecuencia, supone los mismos sentimientos en todos los demás individuos. El gran interés, pues, del período actual no es, como en la antigüedad, el goce inmediato, sino la formación de un capital.

La sed de goces que tanto se censura á nuestra época está lejos de igualar, si se echa sobre la historia de la civilización una mirada comparativa, á la pasión del trabajo entre nuestros empresarios industriales y la necesidad del trabajo para los esclavos de la industria actual. Además, lo que frecuentemente parece el goce tumultuoso ó insensato de vanos placeres, no es más que la consecuencia de un trabajo exagerado, devorador y embrutecedor, porque el espíritu pierde, conservando el ansia por una persecución ardiente y encarnizada, la facultad de experimentar goces más puros, más nobles y más tranquilos. El hombre se entrega entonces involuntariamente á las distracciones con el afán febril de la industria; el placer se mide por el dinero que cuesta, y se hace, por decirlo así, un deber entregarse á él en días y á horas fijos. Tal estado de cosas es malsano y no puede subsistir largo tiempo; esto parece evidente, pero es tan claro como esto que en el presente período de trabajo se han realizado obras gigantescas que en el porvenir podrán muy bien hacer accesibles á clases más numerosas los frutos de una cultura superior.

Lo que formaba la sombra en el cuadro de los goces ilustrados y refinados de Epicuro y de Aristipo, el hábito de limitarse á un círculo estrecho de amigos ó aun á su

propia persona, no se registra con frecuencia hoy ni aun entre los egoístas opulentos, y una filosofía que adoptase semejante base no podría obtener resultados. Acumular aceleradamente medios de goce para emplearlos en su mayor parte, no en el goce, sino en el engrandecimiento de la fortuna ya adquirida, he aquí el rasgo característico de nuestra época. Si todos los que han conquistado una posición superior á la media se retirasen de los negocios para consagrar después sus ocios á los intereses públicos, al arte, á la literatura, en fin, á placeres distinguidos y poco dispendiosos, no solamente estas personas llevarían una vida más bella y digna, sino que poseerían también elementos materiales en cantidad suficiente para asegurar la duración á una cultura más noble, cualesquiera que fuesen sus exigencias, y para dar á nuestro período histórico actual un valor superior al de la antigüedad clásica.

Pero en los negocios perderán acaso más capitales de los que hoy pierden en el lujo más insensato, y aun puede ser también que sólo una débil parte del pueblo obtenga los beneficios de esta cultura. Por otra parte, es cierto que actualmente la mayoría del pueblo se encuentra en un estado deplorable. Si todas las fuerzas de nuestras poderosas máquinas y de las obras infinitamente perfeccionadas por la mano del hombre, gracias á la división de trabajo, se empleasen en dar á cada cual lo que necesita, en hacer soportable la vida y en procurar al espíritu el reposo y los medios propios para desenvolverse, existiría probablemente ya la posibilidad de extender á todas las capas sociales los beneficios de la cultura sin dañar á la tarea intelectual de la humanidad; pero hasta ahora nuestra época no ha tomado esta dirección. Es verdad que vemos producirse fuerzas sobre fuerzas, inventar incesantemente nuevas máquinas, imaginar sin cesar también nuevas vías de comunicación y que los capitalistas que disponen de todos

estos recursos no se dan punto de reposo en lo tocante á crear, en vez de gozar en una honrosa tranquilidad de los frutos de su trabajo, y, á pesar de ello, la actividad que se multiplica continuamente, en absoluto, no se preocupa de aumentar el bienestar general. Allí donde es deficiente el gusto por los goces intelectuales, surgen necesidades que se agrandan siempre más rápidamente que los medios de satisfacerlas.

Es una tesis favorita del materialismo moral de nuestros días que el hombre es tanto más feliz cuanto más necesidades tenga, con los medios suficientes para satisfacerlas. Los antiguos emitieron por unanimidad una opinión contraria. Epicuro buscaba como Diógenes la felicidad en la ausencia ó exención de las necesidades, sin más diferencia siempre que la de que el primero tenía en cuenta la felicidad y el segundo la ausencia de las necesidades. Ciertamente es que en nuestros días, gracias á un conocimiento más exacto de la vida del pueblo y principalmente á la estadística de la mortalidad, de las enfermedades, etc., se halla por fortuna refutado el antiguo cuento del pobre satisfecho y saludable y el rico siempre enfermo é hipocondríaco. Mídase el valor de los bienes terrestres en la escala de las tablas de mortalidad y se notará que, aun los cuidados de las testas coronadas, no producen efectos tan perniciosos sobre la salud como el hambre, el frío y las habitaciones mal ventiladas. Además, las ciencias han hecho bastantes progresos para permitir la conclusión verosímil de que la tesis materialista es errónea. La historia de la civilización nos enseña que en la época en que las princesas dormían en nichos murados, hacían grandes viajes á caballo y almorzaban tocino, pan y cerveza, la felicidad de estas personas no parecía menor que es hoy la de las princesas que atraviesan la Europa en magníficos coches-salones y disponen en cada estación del año de productos de todas las zonas. Las analogías de la psicofísica, nos presentan como

muy verosímil que la sensación de bienestar personal es relativa como las sensaciones de los sentidos, que la diferencia es la que se percibe, se siente el aumento y se aprecia con la masa de los bienes ya adquiridos.

En realidad, ninguna persona sensata creará que la composición física de ricos encajes de Bruselas pueda contribuir á la satisfacción de la mujer que con ellos se adorne más que todo otro adorno dispuesto con gusto y agradable á la vista, de un valor comparativamente mínimo. Y, sin embargo, la posesión de aquellos encajes puede llegar á ser una necesidad; la imposibilidad de procurárselos, excitar el más vivo despecho y, su pérdida súbita, hacer derramar muchas lágrimas. Claro es que en esto, la comparación, la lucha por la superioridad de rango, juegan, en lo tocante á dicha necesidad, el principal papel, y que de ello resulta inmediatamente que, por lo menos, esta especie de necesidad, la necesidad de predominar sobre los demás, es susceptible de aumentar hasta el infinito, sin que el bienestar de cualquiera de las personas interesadas se pueda conseguir sino en perjuicio ajeno.

Otra consecuencia inevitable es que puede darse un crecimiento continuo de la producción de los bienes y de los medios de producirlos sin que los goces de un individuo cualquiera tengan un notable aumento y sin que la masa de los trabajadores avance ni un solo paso hacia la penosa adquisición de los recursos indispensables para llevar una existencia conforme con la dignidad humana. Semejante crecimiento de las necesidades de todos los que pueden satisfacerlas, á consecuencia de la falta de filantropía y de una codicia exorbitante, son en puridad los rasgos característicos de nuestra época. La estadística del comercio y de la industria de la mayor parte de los países demuestra irrecusablemente la producción de un desenvolvimiento gigantesco de fuerza y de riqueza, mientras que la situación

de la clase obrera no descubre progreso alguno decisivo y el furor de enriquecerse en nada disminuye entre las clases poseedoras. Realmente no se vive para el goce, sino para el trabajo y para las necesidades; verdad es que, entre éstas, la de la avaricia es de tal modo predominante que todos los progresos verdaderos y durables que miran al provecho de la masa del pueblo son desuadados ó por lo menos obtenidos de paso.

Puede al presente considerarse, desde el punto de vista de la conciliación, este hecho en sí muy lamentable si se piensa que pronto ó tarde, sobre esta vía ó sobre otra, se manifestará un movimiento de los espíritus de tendencia muy diferente, sin que las fuerzas productoras experimenten sensible disminución. De nuevo podría prever la idea fundamental de la cultura clásica, de que existe en todas las cosas una cierta medida de las más saludables y que el goce no depende del número de las necesidades satisfechas ni de la dificultad de satisfacerlas, sino de la forma bajo la cual nacen y se satisfacen, de la misma manera que la hermosura del cuerpo no se determina por la acumulación de carnes y huesos, sino por la presencia de ciertas líneas matemáticas. Semejante evolución de ideas haría pasar del materialismo moral al formalismo ó al idealismo, y no podría imaginarse sin la eliminación de la insaciable codicia ni en masa alguna nacer más que de la filantropía llevada hasta lo sublime.

Hasta aquí la economía política no se ha preocupado de subordinar el reparto de los bienes á principios rigurosos; ha aceptado, por el contrario, como dato invariable, la situación resultante de las relaciones entre el capital y el trabajo, y no ha soñado más que en el modo de crear la mayor masa posible de bienes. Este concepto materialista de la cuestión se armoniza completamente con el reconocimiento de los derechos del egoísmo y con la defensa ó el elogio de la codicia. Se intenta demostrar

que el progreso alcanzado por los esfuerzos incesantes del egoísmo mejora siempre algo la condición de las capas más oprimidas del pueblo, olvidándose la importancia de la comparación con otros que juegan tan gran papel entre los ricos. Ante los abusos más escandalosos, se sueña en una especie de armonía preestablecida, en virtud de la cual la sociedad encuentra las mayores ventajas en que cada cual persiga hasta el último trance sus propios intereses. Y esto se produce, sobre todo hoy que los apologistas tienen conciencia del mal que hacen, con una ingenuidad incontestable en la época del nacimiento de la economía política.

En el siglo XVIII era general hacer dimanar el bienestar de la sociedad del concurso de todos los esfuerzos egoístas, y por más que se protestase contra las exageraciones de la célebre fábula de las abejas de Mandeville (1723), la máxima de que aun los vicios contribuyen al bienestar general no dejaba menos de ser un artículo secreto de la civilización, artículo rara vez mencionado, pero jamás olvidado (3). Y sobre ningún terreno la apariencia de la verdad es más favorable para una máxima semejante que sobre el de la economía política. Los sofismas de Helvecio son transparentes, no obstante el brillo de los adornos que la retórica les presta, y todo ensayo con tendencia á explicar por el principio del egoísmo las virtudes del patriotismo, del sacrificio por el prójimo y del valor debía chocar contra la convicción de que el buen sentido, de acuerdo con la crítica científica, lo contradice. Otra cosa sucede en la economía política. Su tendencia innata es la de impulsar al bienestar material del pueblo, y, esto supuesto, es muy natural admitir que el progreso general es pura y simplemente la suma de los progresos individuales. En cuanto al individuo (es al menos el resultado incontestable de la experiencia comercial de todos los tiempos), no puede llegar al bienestar sino persiguiendo

hasta el extremo sus propios intereses, á reserva de practicar la virtud, en otras esferas, en la proporción que sus medios le permitan.

Si desde el principio la economía política no hubiese sido fundada sobre el egoísmo más que con intención de obtener provisionalmente, con abstracción de los demás motivos, una ciencia hipotética y exacta en los límites de la hipótesis y como primeros grados de una teoría más completa, en tal caso no podría hablarse de un censurable materialismo. En lugar de esto, se aplicaron de golpe á las naciones las máximas prácticas que regulan la persecución de los beneficios comerciales en la vida diaria, y se separó la cuestión del progreso material de los pueblos de las cuestiones morales, absolutamente como separadas estaban desde largo tiempo antes de las relaciones sociales. No se preocuparon de la forma de las relaciones de la propiedad, sino con respecto á la masa y valor comercial de los bienes, y, en lugar de preguntarse cómo obraría el hombre siendo sólo egoísta, se preguntó: ¿cómo obra en el terreno donde el egoísmo únicamente hace la ley? La primera pregunta es la del teórico exacto; la segunda, la de la práctica popular que se ha esforzado, en el dominio de la economía política más que en otro, por ahogar la ciencia propiamente dicha.

La idea de que existe un terreno especial en la vida para los actos conformes á los intereses y otro para la práctica de la virtud, es hoy todavía una de las ideas favoritas del liberalismo superficial que abiertamente se predica (4) en escritos populares muy extendidos, tales como el «Catecismo del obrero», de Schulze. Se ha llegado hasta hacer una especie de teoría del deber, de la que se habla en la vida cotidiana más frecuentemente que en literatura. Cualquiera que deja de recurrir, llegado al caso, á toda la severidad de las leyes para reembolsarse un crédito, debe ser mirado, ó como un

hombre rico que se puede permitir esta omisión, ó como un hombre que merece la censura más severa, que se dirige no solamente á su inteligencia, á su carácter demasiado débil y á su generosidad inoportuna, sino directamente á su moralidad. Se dirá que es un hombre aturcido, indolente, que no se preocupa como debiera de sus intereses y, si tiene mujer é hijos, se le tachará de padre sin conciencia, aun cuando á su familia no afecte el que sea negligente. Del mismo modo se juzga al que sacrifica sus intereses privados para consagrar sus esfuerzos al bien público. Aquel que lo hace con éxito brillante es, sin duda, absuelto y aun generalmente elogiado, importando poco que haya obtenido aquél casualmente ó por su habilidad; pero mientras este juicio de Dios no se haya pronunciado por la multitud y por los fatalistas, el sentido común mantiene su derecho; condena al poeta y al artista lo mismo que al sabio y al hombre de Estado; no aprueba ni aun al agitador religioso más que cuando llega á formar una comunidad, á crear una institución considerable de la que llega á ser el director ó cuando puede elevarse á las altas dignidades eclesiásticas; pero jamás cuando sin esperar compensaciones sacrifica su situación externa á sus convicciones.

Naturalmente, aquí no hablamos más que de la opinión de la masa de la clase poseedora, pero que constituyendo la regla de la vida diaria ejerce su influencia aun sobre los que están animados de sentimientos más nobles. Antes de poder especificar el valor de esta dogmática del egoísmo es indispensable examinar, á la luz de los principios establecidos en los capítulos precedentes, la fuente del egoísmo natural y el origen de las tendencias opuestas.

Si es verdad que nuestro propio cuerpo no es más que una de nuestras imágenes de representación análoga á todas las otras, si conforme á esto nuestros semejantes, los otros hombres, tales como los vemos ante nosotros,

forman con toda la naturaleza que nos rodea parte de nuestra propia esencia, en una acepción muy determinada, ¿de dónde viene el egoísmo? Evidentemente de que las representaciones de dolor y de placer, y de que nuestros pensamientos y nuestras pasiones se funden en su mayor parte en la imagen de nuestro cuerpo y de sus movimientos.

El cuerpo viene á ser así el centro del mundo de los fenómenos, relación que (de ello podemos estar ciertos), tiene también su fundamento en la naturaleza de las cosas que caen fuera de nuestro conocimiento.

Sin proseguir más en este camino, demos ahora que todas nuestras representaciones de placer y de disgusto en manera alguna se hallan en relación directa con nuestro cuerpo. El refinado goce de los sentidos y el amor á lo bello, por ejemplo, no se fundan en la imagen representativa de nuestro cuerpo, sino en la del objeto. Solamente cuando yo cierro los ojos, con los que he contemplado un magnífico paisaje, percibo las relaciones que éste tiene con mi cuerpo. Lo que el poeta dice de quien se sumerge en la contemplación ó de quien se absorbe en la intuición es mucho más exacto fisiológica y psicológicamente que la teoría ordinaria de la proyección de la pretendida observación científica. Por consecuencia, el placer tan desacreditado de los sentidos forma en sí un contrapeso natural á la absorción en el yo y sólo por medio de la reflexión es como puede alimentar de nuevo el egoísmo.

Mucho más importante es el desenvolvimiento moral, por el profundo estudio del mundo humano, de sus fenómenos y de sus problemas.

La absorción en este objeto, tal como se manifiesta en nosotros también por los sentidos, como porción de nuestra propia esencia, constituye el germen natural de todo lo que en moral es imperecedero y merece ser conservado. Adam Smith tenía, acaso, el presentimiento

de ello cuando fundó la moral sobre la simpatía; pero comprendió la cuestión desde un punto de vista demasiado estrecho. No vió en el fondo más que los casos en que nos explicamos los gestos y movimientos de los demás hombres mediante los recuerdos ó imágenes del dolor y del placer, conformes con los que hemos experimentado nosotros mismos. Pero esto equivale á volver secretamente á motivos egoístas que no cooperan ni ayudan más que secundariamente, mientras que la traslación silenciosa y continua de nuestra conciencia sobre el objeto de este mundo humano de fenómenos, forma el verdadero origen ó fuente del ennoblecimiento moral y elimina el predominio del egoísmo.

Con arreglo á estas indicaciones podrá el lector explicarse por sí cómo este mismo progreso de la cultura, que en épocas de madurez produce el arte y la ciencia, sirve también para subyugar el egoísmo, para desarrollar las simpatías humanas y para hacer triunfar las tendencias hacia un fin común. En una palabra, existe un progreso moral natural.

Buckle, en su célebre obra sobre la *Historia de la civilización en Inglaterra*, ha adoptado un punto falso de vista para probar que el progreso real de las costumbres, como el de la cultura en general, depende esencialmente del progreso intelectual. Si se muestra que ciertos principios sencillos de moral no han sufrido modificaciones esenciales desde la época de la redacción de los Vedas indos hasta nuestros días, se puede también probar que los sencillos elementos de la lógica han permanecido igualmente invariables. De igual modo se podrá afirmar que las reglas fundamentales del conocimiento subsisten lo mismo desde tiempo inmemorial y que el empleo más perfecto de estas reglas en los tiempos modernos debe atribuirse especialmente á causas morales.

Fueron, en efecto, cualidades ó circunstancias morales las que llevaron á los antiguos á pensar libre é indi-

vidualmente, y también á satisfacerse con una cierta medida del conocimiento y conceder más precio al perfeccionamiento de las individualidades que al progreso exclusivo de la ciencia. La Edad Media tenía por principio moral el de formar autoridades, la obediencia á las mismas y restringir las libres investigaciones con las fórmulas de la tradición. Eran de naturaleza moral la abnegación y la constancia con que al principio de los tiempos modernos Copérnico, Gilbert, Harvey, Klepero y Vesalio marcharon hacia sus respectivos objetos. Podríase también establecer una analogía entre los principios morales del cristianismo y la conducta de los sabios, porque estos últimos exigen con un rigor absoluto que cada cual renuncie á sus caprichos y fantasías, se aparte de la opinión del vulgo y se consagre completamente á los problemas por resolver. Puede decirse de los más grandes investigadores que debieran considerarse como muertos para sí mismos y para el mundo, á fin de vivir una vida que les permita permanecer en relación con la voz reveladora de la naturaleza. Pero no perseguiremos más este pensamiento. Al exclusivismo de Buckle hemos opuesto el punto de vista contrario. En la esfera del hecho el progreso intelectual no es la consecuencia del progreso moral, como éste no es la consecuencia de aquél, mas ambos tienen las mismas raíces: el deseo de profundizar un objeto ó materia, la comprensión simpática del conjunto del mundo de los fenómenos y la natural necesidad de armonizar sus partes.

Pero así como hay un progreso moral que consiste en que la armonía de nuestro mundo de imágenes logre poco á poco triunfar de los desórdenes de las pasiones y de las vivas sensaciones del placer y del dolor, así también progresa la idea moral según la cual el hombre labra su universo. No hay error más grande que el de Buckle cuando atribuye el progreso de la civilización al concurso de dos elementos: el intelectual variable y el moral inva-

riable. Kant ha dicho que en materia de filosofía moral no estamos más adelantados que los antiguos, y ha repetido con poca diferencia las mismas palabras á propósito de la lógica; y esta observación no tiene relación con el progreso de las concepciones ideales de la moral que imprimen movimiento á periodos enteros de la historia. ¡Qué enorme distancia entre la antigua idea de virtud y la idea cristiana! Rechazar la injusticia ó soportarla, reverenciar la hermosura ó despreciarla, servir á la sociedad ó huir de ella no son solamente rasgos accidentales de tendencias de espíritus divergentes, á pesar de la identidad de los principios morales, sino contrastes que nacen de la muy profunda oposición de los principios de la moral. Desde el punto de vista del mundo antiguo, el cristianismo todo entero era notoriamente inmoral, y lo hubiera parecido todavía más si el ideal moral de la antigüedad no se hubiese hallado ya en descomposición en el momento en que se produjeron las ideas nuevas y extrañas. Semejante descomposición del ideal moral y el advenimiento de un punto de vista nuevo, superior, parecen manifestarse en la época actual, y esto hace más difícil y al mismo tiempo más importante la obligación de marcar su puesto á la dogmática del egoísmo, tal como ella se nos presenta en la economía política y en los principios de las relaciones sociales.

Podría creerse momentáneamente que esta dogmática del egoísmo es precisamente el nuevo principio moral destinado á reemplazar los preceptos del cristianismo. El racionalismo del siglo XVIII, que se contentaba con mirar con buenos ojos al materialismo físico, había adoptado el materialismo moral. El desarrollo de los intereses materiales ha crecido á medida que el antiguo poder de la Iglesia declina. Los progresos de las ciencias de la naturaleza han sido perniciosos bajo un aspecto y saludables en otro; pero á la vez que se agrandaban los intereses materiales, notábase el desenvolvimiento de la teoría de la

economía política y con ella de la dogmática del egoísmo. Parecería, pues, que un solo y mismo principio destruye de una parte las formas tradicionales del cristianismo y favorece de otra el impulso de los intereses materiales de nuestra época, y que, este fermento, á la vez de disolución y renovación para nuestro tiempo, no es otro que el principio del egoísmo.

Hemos visto más arriba cómo en el terreno económico las apariencias se declaran á favor de los derechos del egoísmo y que si, á menos de usar de sofismas, es imposible fundar sobre este principio virtudes como el patriotismo, el sacrificio por el prójimo, etc., se puede al menos muy bien pasarse sin estas virtudes. Admitamos por un instante que la persecución de los intereses individuales pueda llegar á ser un día el único móvil de las acciones humanas, aunque Voltaire y Helvecio hayan incurrido en el gran error de declarar que ya es así, y que el sólo móvil de los actos del hombre sea el egoísmo. Confesemos que no es al menos imaginable *a priori* que un principio semejante—muy diferente del de Mandeville—pueda salir, no de la decadencia, sino más bien del progreso intelectual y moral. He aquí un punto que pide un examen, el más cuidadoso é imparcial, y que de ningún modo puede ser solucionado con arreglo á una opinión preconcebida. Pongamos, pues, sin demora, á la luz, para evitar malas inteligencias, el lado más paradójico de la cuestión. Sin esfuerzo se concederá que el progreso intelectual pudiera contribuir á hacer el egoísmo á la vez más general, más inofensivo y más conforme al objeto; pero, ¿cómo el progreso moral, tal sobre todo como lo hemos definido al combatir á Buckle, podría contribuir á hacer del egoísmo un principio general cuando toda la esencia de este progreso estriba en sacrificar algo al interés general?

La respuesta á esta pregunta plantea inmediatamente el punto relativo á las consecuencias de la más extendida teoría económica.